

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES: *Relaciones Exteriores de España (Problemas de la presencia española en el mundo)*. -Ediciones del Movimiento. Madrid, 1954, 341 páginas.

Hay una tendencia a dividir en dos el campo de la actividad mental, reservando una parte a los "teóricos" y otra a los "prácticos" o bien hombres llamados de "acción", campos carentes de comunicación o enlaces entre sí. Pero en la realidad no se da más el "teórico" en el estado puro que el hombre "práctico" también en el estado puro, porque no existe teoría que no exija un previo conocimiento de la realidad —que es lo superlativamente práctico— ni realización práctica que no se apoye en una teoría ya existente. Newton no estableció su teoría de la gravitación universal encerrado en su gabinete, sino viendo caer una manzana de un árbol después de estar pensando en el problema que le preocupaba "de día y de noche", según decía. A nuestra vez, cuando procuramos estar fuera del alcance de una manzana que se cae, conocemos —aunque sólo sea por instinto— la teoría de Newton. Por ello, incluir a ciertos pensadores en una especie de terreno acotado donde no tienen otra misión que especular en lo abstracto, mientras el hombre "práctico" realiza "cosas" por su cuenta, es una de las muchas tonterías garrafales que, aunque tenidas por válidas, no responden a ningún hecho real.

Nos sugieren estas reflexiones la reciente publicación de José María Cordero Torres "Relaciones Exteriores de España". En efecto, se nos presenta como un ejemplo vivo de la imposibilidad de desligar en el terreno concreto de la política lo "teórico" de lo "práctico", aunque la tendencia a la discriminación a que nos hemos referido llevara a incluir a su autor en el campo de la teoría. Porque el señor Cordero Torres no hace "cosas" políticas. Como si las "cosas"

pudieran hacerse políticamente sin contar con el conocimiento de la realidad, el pensamiento reiteradamente aplicado a la misma y la meditación, tareas en las que tiene una auténtica experiencia el autor de "Relaciones Exteriores de España".

Modestamente, el señor Cordero Torres dice limitarse en su obra a la exposición del "punto de vista español" dentro de la complejidad de las relaciones internacionales, descartando todo propósito de exponer situaciones con visión subjetiva de las mismas, resolviendo problemas con fórmulas inéditas o señalando orientaciones que revolucionen los rumbos conocidos de la política exterior española. La razón de que así sea estriba primordialmente en el hecho de que la política exterior de todo país —y España no escapa a la regla— está condicionada, y a veces hasta determinada, por imperativos geográficos e históricos que nada ni nadie —sistemas de gobierno o personas dirigentes— pueden modificar en hondura y de modo duradero, según explica en las excelentes páginas que dedica al lector, especie de justificación del contenido "clásico" de su obra. Sí puede suceder, particularmente en el caso de España, que acusa tan vivamente vaivenes de acción e inacción en su línea política, que razones de orden interno desdibujen o desvíen los rumbos exteriores del país. Y también que las circunstancias de otros países impongan actitudes ceñidas a esas circunstancias. Pero ello es lo accidental junto a algo permanente a través de los siglos.

Esa línea de lo permanente, apenas visible en determinadas etapas históricas, es la que el señor Cordero Torres dibuja mediante un vasto esfuerzo de información,

hasta objetivar la cuestión de las relaciones exteriores de España. Por tanto, las conclusiones a que llega, por su esencial objetividad, son válidas para cuantos se sienten españoles, cualquiera que sea su matriz política con relación a lo interno. Y creemos que no es éste el menor mérito de una obra que se preocupa de España en función del papel por desempeñar en el agitado mundo actual, y del lugar que en él ocupa.

Este papel y este lugar, nos lo advierte el autor de "Relaciones Exteriores de España", no podrán ser estudiados en absolutamente todos los aspectos de la cuestión, pues tal propósito requeriría una especialización de tipo enciclopédico, reñida con la seriedad, dada la complejidad que a estas alturas tienen estos problemas. Por ello, estimamos un acierto haber soslayado voluntariamente la política económica y las cuestiones militares, que corresponden a especialistas en la materia. Estos, de todos modos, para desarrollar su labor, necesitarán del cuadro político que José María Cordero Torres ha trazado con pulso seguro.

Lamentando exponer opiniones personales que menguan la objetividad teórica de una recensión, señalaremos que se nos aparece un acierto el método expositivo adoptado en esta obra, donde su autor confirma su capacidad para enjuiciar en conjunto los problemas internacionales, por encima del suceso cotidiano que, aunque de obligado comentario, sólo brinda una visión limitada y variable de unas cuestiones ligadas a lo permanente de la geografía y la historia. De ahí el agrado de que José María Cordero Torres recuerde al lector que la política exterior tiene por punto de partida lo nacional, y nos aclare y puntualice extremos que de tan sabidos — así creemos al menos — se han convertido en conceptos nebulosos, cuales son la Patria, la Nación, el Estado, las directrices y los objetivos de las sociedades humanas sustentadas por ideas que no pueden ser caprichosas creaciones de un individuo, sino lugar geométrico de una serie de circunstancias invariables que, quírase o no, a corto o largo plazo, se imponen en las orientaciones exteriores de un país, en este caso de España. Algunas de estas circunstancias son realidades geográficas imposibles de ser modificadas (España en el mapa mundial), otras susceptibles de alte-

raciones (recursos, necesidades e intercambios), siendo finalmente las restantes cosas cuyo valor no puede ser apreciado considerándolas en sí, sino con relación a un conjunto (los grupos regionales, confesiones, clases y partidos), del mismo modo que lo individual sólo puede ser una afirmación cuando existen otros individuos.

Bien trazado el contorno geográfico e histórico de España, pasa José María Cordero Torres a la difícil tarea de situarla en un plano ensanchado de visión, es decir verla "ante los sistemas y las normas internacionales", "creaciones modernas" que motivan de parte de España, tan individualista, reacciones de universalidad que son una de nuestras constantes. Y que no llamen a engaño estos períodos de inhibición provocados por el cansancio derivado de los problemas internos o del sectarismo. De ahí que la ausencia de España de la O. N. U., "resultado de actos unilaterales y de arreglos con algunos de los beligerantes --Estados Unidos, la U. R. S. S. y Gran Bretaña--", sólo aparezca como una confirmación de que la misión universal de España mal se aviene con un sistema poco operante, siendo, en cambio, España factor activo de organizaciones técnicas que se esfuerzan por alcanzar objetivos mundiales bien definidos.

Pero independientemente de estas organizaciones a la escala mundial, se preocupa José María Cordero Torres de aspectos muy concretos de las relaciones exteriores: las vecinales y bilaterales. Aquí nos enfrentamos con problemas vivos sin xenofobia, pero con un sano propósito de puntualizar extremos que procede señalar desapasionada y firmemente, puesto que el descao del autor, y el de todos los españoles, es que se resuelvan. Y no hay otro camino para el logro de deseables soluciones que precisar los elementos del problema, sin lo cual toda acción exterior flaquea por su base. Las relaciones vecinales, en particular, han de ser consideradas con perspectiva histórica para ser entendidas, sin olvidar que por debajo de los vaivenes de la Historia son intereses permanentes lo que se ha venido defendiendo. El que en la actualidad estén en primer plano ciertas preocupaciones --Gibraltar y la cuestión marroquí en particular -- no significa ciertamente artificiosa intervención del Nuevo Estado, sino conciencia de la realidad española y del puesto que

corresponde a España en el mundo, dentro de un hondo sentido universalista y fraterno del mismo.

"Relaciones Exteriores de España" nos "informa" —dice José María Cordero Torres— de cual es ese puesto por ocupar con pleno sentido de la responsabilidad que implica y por qué debe ocuparlo. Pensamos que esto es mucho más que informar al lec-

tor, es darle a conocer con hechos, motivos y datos —no podían faltar abundantes en la obra de este minucioso curiosoeador de textos y tratados— la meta ideal que España puede alcanzar siendo sencillamente fiel a su destino. Lo cual es todo un programa de presente y de futuro.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

ROBERTO E. GUYER: *IMPERIALISMO. Introducción a su problemática*. Ed. Arayú, Buenos Aires, 1953. XII, 127 pp.

Muestra la Historia una serie de culturas que nacen, crecen y desaparecen: pueblos conquistadores, pueblos conquistados, pueblos que no se han dejado conquistar. La teoría determinista de Spengler señalaba a la sociedad occidental un sino fatal de desaparición, el mismo que habían tenido, antes que ella, otras culturas. Toynbee, en cambio, afirma que así como muchas civilizaciones han perecido, víctimas de sus propios actos, así también por sus actos pueden otras sobrevivir. Comparte el autor el pensamiento de Alfred Weber de que "lo que el obrar humano produce no es previsible, ni en cuanto a su esencia ni en cuanto a su forma; pues toda acción creadora rebasa los límites de la previsión".

Igualmente indefinible es la fuerza que impule el desarrollo de cada pueblo, haciéndole tomar rumbo y características propias, una de cuyas exteriorizaciones es la llamada *voluntad de poder*. Anida en lo más profundo del hombre y, como engendradora de relaciones de subordinación, es uno de los dos instintos básicos de la actividad humana en sociedad, al lado de la voluntad de comunidad, engendradora de relaciones de coordinación. En la división del trabajo que distingue unos pueblos primitivos de otros se encuentran ya factores de lucha y predominio: los ganaderos nómadas atacan a los agricultores sedentarios, etc. Al aparecer luego el Estado, generalmente como la sistematización de una situación compulsiva (predominio de una raza o clase sobre otras), la voluntad de poder continúa manifestándose tanto en la historia interna del Estado como en la externa, es decir, en sus relaciones con otros estados, fenómeno denominado genéricamente imperialismo, y

que, definido de muy diversos modos, debe ser distinguido de otras formas de la voluntad de poder, tales como la hegemonía, el colonialismo, la voluntad de subsistencia.

El imperialismo, entonces, no es sino "la última consecuencia de la superioridad de un grupo sobre otro. Es la primacía trasladada de lo interno a lo internacional". La noción de *potencia* —un mínimo de poder, referido a condiciones de tiempo y espacio— le es esencial. En el esfuerzo, la clase dirigente del Estado debe estar respaldada por el conjunto de la población, pudiendo ocurrir que un pueblo animado de voluntad de poder reemplace a sus dirigentes, que no participan de ella, por otros que propugnan la expansión. Sólo puede ejercerse imperialismo sobre pueblos sin afinidad cultural, es decir, sin una tradición y un futuro comunes; así, ni Bismarck ni Cavour fueron imperialistas al realizar la unión de Alemania e Italia. A Napoleón y a Hitler se les presentó la oportunidad de crear una Unión Europea; ambos fueron desbordados por su propio impulso imperialista. Caracteriza, en definitiva, el autor al imperialismo como "una de las manifestaciones de la voluntad de poder que impulsa a una potencia ante los obstáculos con que se ve enfrentada, hacia la expansión o ampliación de su influencia o dominio en el ámbito internacional". El imperialismo sólo puede hacerse efectivo sobre el área aun no sometida, ya que sobre aquella, conquistada la voluntad de dominio, se plasma en forma de coloniaje o hegemonía. Y entiende por "imperio" un estado multinacional sometido a una voluntad culturalmente rectora que debe ofrecer una idea estructurada de la organización del poder y aportar paz

y orden al séquito; no importa que éste sea dueño de una cultura superior, como lo demuestra el caso de los estados griegos frente a Roma. Puede también plasmarse en forma de colonización o hegemonía, pero siempre dando un sentido de unidad a los pueblos que se someten a su égida.

Esta parte de la obra se ve debilitada por el hecho de no quedar claramente establecidas las relaciones y diferencias del imperialismo con la hegemonía, el colonialismo y el imperio. El colonialismo ¿no es acaso una forma del imperialismo? La hegemonía puede resultar tanto de un imperialismo como de una situación de hecho (v. g.: Prusia en el Imperio Alemán); y también un imperio, en el sentido de Estado multinacional, puede ser fruto de un imperialismo (el romano o el napoleónico) como provenir de una situación anterior no necesariamente imperialista (el Sacro Imperio, p. ej.). En cuanto a la definición expuesta, peca, quizás, por demasiado amplia, pues todas sus notas son también aplicables a la hegemonía.

Critica luego el autor la teoría de Spengler según la cual el imperialismo, en el sentido de "crear imperios", es el "símbolo típico de las postrimerías", en el tránsito de la cultura a la civilización, ya que hay estados, poseedores de una intensa voluntad de poder y gran potencialidad económico-militar, que se expanden fuera de sus fronteras, pero no pueden crear un imperio por no ser todavía civilizaciones. "La ausencia de vocación imperial provoca por el estado incipiente de la propia cultura, no impide, pues, que sea imperialista." Así lo revelan los Estados Unidos, que recién se encuentran en la etapa de crear su propia cultura. Igualmente, de ser verdadera aquella tesis, la expansión de Gran Bretaña en el siglo XVIII debió haber coincidido con su decadencia.

Al respecto es imposible dejar de observar que, para Spengler, la cultura y la civilización no se dan en los Estados aislados, sino que los Estados se dan en las culturas.—los actuales, en la occidental—, y al transformarse éstas en civilizaciones sufren la misma suerte sin elección de su parte. Así los Estados Unidos, siempre según Spengler, lejos de estar en la etapa de crear su propia cultura, son precisamente una muestra

acabada de la civilización occidental, y por ello mismo son imperialistas. También la expansión de Gran Bretaña es un signo del tránsito de la cultura a la civilización, no de Inglaterra, sino de toda la sociedad occidental, a la que este país pertenece. Plantea el autor, en definitiva, su objeción fundamental a Spengler en que, siendo indefinible la fuerza que origina el imperialismo, no es posible determinar su aparición y desaparición. Pero esta crítica, entonces, debería extenderse a toda la concepción spengleriana de la Historia, pues ella se basa precisamente en un intento de inducir, por comparación, las leyes vitales de las formas históricas.

Califica Joseph Schumpeter de "puro" al imperialismo que no está mezclado con elementos tangenciales (nacionalismo, militarismo, capitalismo). En el extremo opuesto, piensan otros que el imperialismo es producto del nacionalismo o del militarismo, y para los autores neomarxistas, con Lenin a la cabeza, viene a ser la culminación del proceso capitalista. Lo primero es exacto sólo para cierto tipo de imperialismo, propio del sustrato sociológico de los tiempos modernos, ya que el concepto de "nación", en su significado actual, surge sólo con la Revolución Francesa. En cuanto al militarismo, se ha opuesto seriamente, en algunas ocasiones, al imperialismo, y aun en países de gran tradición militarista, según lo reveló la lucha que los generales alemanes llevaron a cabo contra los planes de Hitler. También ha existido y existe imperialismo sin capitalismo y capitalismo sin imperialismo. La expansión de Rusia, Japón y Estados Unidos no puede explicarse como fruto exclusivo del capitalismo, ya que han obrado en ella decisivos motivos políticos y estratégicos. Suiza es capitalista sin ser imperialista. Pues el error básico del marxismo es centrar todo acontecer social en la economía, olvidando los restantes factores humanos. Es inevitable, en verdad, que en cada imperialismo concreto se dé alguno o algunos de estos elementos tangenciales, lo cual no significa que ellos integren su esencia.

Los imperialismos pueden ser provocados por distintos motivos (económicos, demográficos, estratégicos) pero estos no bastan por sí solos: la voluntad de poder debe estar

guiada por una idea rectora, tendiente a un fin. Tales fines pueden ser políticos, ya directos (incorporar una región al propio Estado), ya indirectos (regir otros estados a través de sus instituciones locales, cuya aparente soberanía sigue en pie), ya económicos (dominar los mercados, a través de distintas formas), etc. Pero no deben confundirse los fines con los medios, pues un imperialismo económico puede adoptar medios políticos y viceversa. El imperialismo soviético cambia de táctica con frecuencia, oscilando entre los extremos internacionalista-social-económico y nacionalismo-político.

Otro elemento típico del imperialismo es la autojustificación, "consecuencia de toda actividad colectiva en que el pueblo, como tal, considera teleológicamente buenos todos sus actos". Un pueblo puede posesionarse de la idea de su superioridad (racial, religiosa, cultural), lo cual le lleva al convencimiento de que su expansión es éticamente buena. Se ha dicho que estas sublimaciones son racionalizaciones "ex post facto" una vez adquirido el imperio y a solo objeto de conservarlo, pero en realidad ellas forman la culminación de un largo proceso de gestación colectiva que alcanza su madurez racional al llegar el imperialismo a su plenitud. La idea de superioridad como justificativo ha alcanzado nivel religioso bajo el aspecto de "pueblos elegidos", bien visible, v. g., en la ética imperialista de las naciones anglosajonas. Los justificativos se dan con menor intensidad en el imperialismo económico, y suelen centrarse en torno a la libertad de comercio y a la gratitud que deben los pueblos "atrasados" a sus "civilizadores".

Propia de nuestro siglo es la concepción del imperialismo como "ordenación de un gran espacio" en el cual irradia la idea política de una gran potencia, con exclusión de cualquier otra (Carl Schmitt), y, en efecto, vemos el mundo dividido en bloques de naciones dirigidas por potencias rectoras. Pero a la par que la voluntad de poder se muestra cada vez más exigente, otro tanto ocurre con la voluntad de subsistencia de algunos pueblos. El imperialismo continuará entonces transformándose, para lograr su objeto, ya que sólo podrá ser superado

por la unión del mundo entero en un estado único.

* * *

Tal es la síntesis de este trabajo, doblemente valioso, por su mérito intrínseco y por la escasez que reina en materia de estudios teóricos de política internacional escritos en nuestra lengua; a lo cual debe añadirse otro hecho no menos estimable para el estudioso: la bibliografía citada, abundante en fuentes alemanas contemporáneas, por lo general, poco accesibles. Si bien la esencia misma del fenómeno imperialista y su relación con otras formas de la voluntad de poder no está acabadamente definida, según nuestra opinión arriba apuntada, otros aspectos, como el de los motivos, medios y fines del imperialismo, así como la crítica de las concepciones nacionalistas, militaristas y marxistas, y el capítulo relativo a la autojustificación ética del imperialismo, presentan indiscutible valor. Debe señalarse, asimismo, que el autor —lo dice desde su *Advertencia* inicial— ha intentado evitar todo juicio valorativo sobre el objeto tratado, para estudiar desapasionadamente el fenómeno tal cual es en su realidad, lo cual ha sido plenamente logrado.

Como contribución al tema, indicaríamos un elemento, quizá no suficientemente estimado por el autor, que nos parece esencial para la caracterización del imperialismo, porque lo distingue de cualquier otra exteriorización de la voluntad de poder: *la aspiración a la dominación mundial*. De ahí, según este criterio, que ni los vikings, ni las cruzadas, ni la empresa española en América (citados ocasionalmente por el autor) serían ejemplos de imperialismo, pues les falta, por una razón u otra, esa aspiración éticamente justificada a la dominación mundial. Sobre este punto, Toynbee coincide significativamente con Spengler, por mucho que difiera con él en cuanto a las causas del fenómeno, cuando afirma que el establecimiento de un "Estado Universal", precedido por un largo período de "estados en lucha", ha sido uno de los signos más seguros de decadencia de las civilizaciones. También Schwarzenberger (*Power Politics*) señala una tendencia a la gradual suplantación de la sociedad internacional y la

coexistencia de varios imperialismos, por un imperialismo universal, resultado de la incorporación, por parte de un estado, de los demás, o de su hegemonía indiscutida sobre éstos. Por eso la unión del mundo entero en un solo estado no sería la "superación" del imperialismo, sino la culminación de ese proceso. Y si el "pesimista"

Spengler afirma que Occidente está inexorablemente determinado a seguir por la senda que lleva al Estado Universal, el "optimista" Toynbee se pregunta con timidez si la "época de los disturbios" no ha descendido ya, en forma indudable, sobre nosotros.

BENESTO DE LA GUARDIA

PIERRE MENDÉS-FRANCE: "*Gouverner c'est choisir*."—Julliard.—París, 1953.—146 páginas.

Este pequeño libro comprende el discurso mediante el cual el actual Presidente del Consejo francés solicitó la investidura el 3 y 4 de junio de 1953, y sus respuestas a las interpelaciones que se le hicieron. El resultado de las sesiones fué aquella vez, contrario a Mendés-France, quien obtuvo 301 votos favorables de los 314 necesarios para que la investidura se considerase acordada.

La interesante figura del político francés, cuyo mayor mérito y riesgo es la determinación de acabar con la política "a la petite semaine" típica de la IV República, se muestra en las contestaciones, más que en el discurso, bajo las características, hoy conocidas por todos, de su realismo y su extremada ambición.

Características contrapuestas pero en cuya conjunción, si posible fuera, hallaría Francia su verdadera política. Quiere decirse no que la política de Mendés sea la política francesa (adjetivo que como radical de pura cepa, aunque crítico de su partido, él añade a la suya propia) sino que el espíritu que indican los términos "realismo" y "ambición" es aquel del cual carece la política francesa desde, al menos, el comienzo de la guerra fría. A través de estos dos términos es posible pasar revista a las ideas expuestas por el político radical en la ocasión citada.

La primera y fundamental ambición de Mendés-France es la de gobernar. Ambición de quien, muy seguro de sus músculos, se atreve a aventurarse sobre la cuerda floja, única plataforma permitida a los gobernantes por la actual constitución francesa. En la mejor tradición cívica, el Presidente del Consejo, anuncia por anticipado el número a ejecutar y pide silencio durante el ejercicio: pide plenos poderes y gobernar, reformar por decretos. Es decir, aquello que mayor oposición levantó en su propio par-

tido durante la III República. Un año antes de Ginebra, inicia ya Mendés su juego de pedir, si no el aplauso, el silencio antes de la destreza. ¿Qué promete hacer en términos generales Mendés? Algo que por su misma simplicidad parece la máxima audacia: pretende elegir una política para Francia. Entre las varias posibilidades que se le presentan a Francia, quedarse con una y realizarla plenamente. Esto es gobernar, pues el primer acto de gobernar es elegir la propia política.

Desde hace años tiene fama este economista de Casandra. Año tras año ha insistido él, que negoció parte de los créditos y contratos de ejecución del Plan Marshall, en que toda política económica que no ataque el problema del déficit comercial de Francia, con independencia de la ayuda americana, es una política en precario. Comienza Mendés-France por enunciar verdades muy generales: la producción de los U. S. se ha duplicado desde 1929, la de Alemania y el Reino Unido han aumentado en un 50 por 100, la francesa en un 8 por 100 solamente. Las inversiones francesas en el extranjero han desaparecido con el mismo ritmo que las inglesas, pero el Gobierno inglés, a diferencia del francés, ha adoptado una política comercial en consonancia con la nueva situación.

Francia ha atacado su gran problema social con el arma de los subsidios, para cuyo sistema (obra principalmente de los socialistas y del M. R. P. con el voto comunista, todos los cuales le son necesarios a Mendés en julio de 1953 para alcanzar la investidura) tiene el presidente designado palabras de elogio y críticas técnicas; pero ha fracasado en la instauración del pleno empleo, cuya consecución es para Mendés la esencia de una política social. El período estacionario que caracteriza a la economía fran-

esta desde hace diez años, que no corresponde a las necesidades del desequilibrio comercial cuyo remedio real (el presidente no cree en las magias financieras) es aumentar las exportaciones, no ha producido incluso la eliminación de las empresas poco productivas. Entre ellas están algunas empresas nacionalizadas. El político radical se declara partidario de ellas, pero propugna un método de contabilidad real, honesto y exigente. El criterio esencial para la protección estatal ha de ser el de la productividad.

Se le atribuye al actual Presidente del Consejo la ambición de instaurar en Francia una especie de New Deal. Salvo su discurso antes de partir para Bruselas, poco se conoce del sentido de su reforma económica, preso como ha quedado en el Quai d'Orsay, a causa del desarrollo de los asuntos internacionales desde su subida al poder. En el discurso y las contestaciones que hoy recensamos, no nos expone Mendès sino principios económicos muy generales. No obstante estos principios son la clave de toda su política. El insiste repetidas veces que no posee una política militar, separada de su política económica, social o exterior. A lo largo de los textos citados no se muestra Mendès, por ejemplo, contrario a la creación de autoridades especializadas para la agricultura o la energía eléctrica, a escala europea y bajo el principio de la supranacionalidad, pero erige como criterio, sino único, predominante, el interés económico francés.

Sus afirmaciones sobre la política exterior y la militar deben ser consideradas desde lo que piensa sobre los gastos del Estado, cuya hipertrofia, unida a su carácter no productivo, considera causa del estacionamiento de la vida económica de Francia. No promete ahorros sino corregir, mediante una política de gasto público, las deficiencias de la demanda total.

La paradoja económica de Francia, consecuencia de la creación de un sistema híbrido de libre empresa y dirección estatal ("dirigisme"), es que el país se encuentra al borde de la inflación sin que se haya producido un aumento de la producción.

Lo poco que dice Mendès sobre la guerra de Indochina, en vísperas de la primera convocatoria de la Conferencia de las Ber-

mudas, es afirmar la necesidad de convencer a los aliados atlánticos de la imposibilidad para Francia de continuar soportando su peso.

Nos interesan en especial sus afirmaciones sobre su eventual política internacional en el caso de ser investido. De nuevo se nos muestra la ambición de Mendès: la política propugnada por él tiene como fin rehabilitar a Francia y aumentar su peso en las relaciones internacionales. No expone con detalle (lo que por otra parte no correspondería a un discurso de investidura) un programa para lograr el fin propuesto, pero ciertas afirmaciones cobran un gran valor a la luz de los acontecimientos provocados por France desde su subida al poder: liquidación de la guerra de Indochina, Conferencia de Bruselas, crisis de la Alianza Atlántica por la no ratificación del C. D. E., discursos de Nevers y de Estrasburgo, Conferencia de los Nueve en Londres, fracaso electoral de la coalición de Adenauer en Schleswig-Holstein, etc.

"La organización de las Naciones Unidas no puede cumplir su función, a no ser que los Estados en ella representados tengan la salud económica y el vigor diplomático necesario para hablar y actuar conforme a su conciencia. Este debe ser el caso de Francia." "La solidaridad moral, la comunidad de ideales, el agradecimiento que conservamos hacia aquellos que combatieron por nuestra liberación, y en particular hacia los U. S., no pueden menoscabarse por una dependencia cuyo término es de interés común." Para que la política de creación de Europa sea una realidad, es necesario encontrar soluciones por los países europeos, actuando con independencia de los U. S. en la edificación de sus planes, cuya realización (insiste en este punto) necesita de la ayuda americana. Lo más notable del discurso de Mendès-France, para el momento en que se pronunció, es la insistencia, el acento sobre la necesidad de acordar las políticas francesa y británica. "Cada día, sobre cada proyecto, sobre cada decisión a tomar, Francia e Inglaterra deberían concertarse y en la medida de lo posible, asociarse."

¿Posición tradicional de la diplomacia francesa desde 1904, a pesar del desencanto causado por la política de Lloyd George en

1920, frente a la política de la pequeña Europa de Schuman y Bidault? ¿Recelo ideológico y de partido radical frente a la Europa católica de Adenauer, De Gasperi y el M. R. P.? Inglaterra se ha quedado fuera de la C. E. C. A., aunque tienda un puente en la proposición Eden ante el Consejo de Europa. El grave obstáculo para la unificación europea es la no participación de Inglaterra que se mantiene, laborista o conservadora, enemiga del principio de la supranacionalidad. Por otra parte, ya en 1953 se han hecho nítidas las diferencias americanas y británicas respecto a Extremo Oriente. No es extraño que en las interpe-laciones se atribuyese, ya en junio de 1953, a Mendès-France intenciones ocultas sobre un posible "renversement des alliances". En sus contestaciones a los señores Lecourt, Mutter, Mitterrand y D'Astier de la Vigerie, Mendès-France niega rotundamente que tales intenciones tengan alguna realidad. Se declara fiel a la llamada política atlántica; califica de utópica toda posición neutralista. De creer lo dicho y escrito por Mendès-France sobre política exterior, antes y después de este discurso, resultaría ser su principal pensamiento que la construcción de Europa es necesaria para la creación de un equilibrio; pero que para lograr esto último son necesarias dos condiciones: 1.ª, el mantenimiento de la Alianza Atlántica; 2.ª, que el equilibrio exige que la fuerza que lo crea frente a las dos tendencias a la hegemonía (rusa y americana) sea una verdadera fuerza libre.

La característica más evidente del modo político de Mendès-France es su decisividad. En cada alternativa obliga a escoger. El escoge una política francesa en Europa, y tal elección implica una actitud independiente frente al Departamento de Estado. Aún, no escuchando a los que, como los "ultras" de Estrasburgo, atribuyen al Presidente del Consejo veleidades neutralistas y prejuicios chovinistas, la gran incógnita, la amenazadora interrogación es si al pretender asentar el equilibrio sobre bases más sanas, o que a él se le aparecen como tales, no se hundirán los cimientos de la Europa que, a pesar de todo, caminaba hacia un cierto grado de integración. En la 2.ª Conferencia de Westminster, organizada por el Movimiento europeo que tuvo lugar en Lon-

dres en enero de 1954, se presentaron una serie de trabajos sobre el futuro económico de Europa. Sus autores fueron europeístas, tan prominentes y decididos como Lord Layton, Andre Philip, Julián Amery, René Piaton, G. M. Nedderhost, etc. Si de la lectura de estos trabajos hubiera de sacarse una sola tesis ésta se resumiría así: "para el mantenimiento del nivel de vida, la ocupación, y para la corrección del déficit comercial crónico de Europa es necesario extender a la Commonwealth Británica la unidad económica planeada". "El único mercado posible para la expansión económica europea, necesaria para el logro y mantenimiento del bienestar, lo constituyen los territorios ultramarinos." De si esto implica una mayor flexibilidad en la forma jurídico-política que ligue a los Estados.

Es curioso constatar que hombres destacados del Movimiento Europeo, y quien como Mendès proviene de otro clima muy distinto, coinciden en lanzar hacia Inglaterra el peso del destino de Europa.

El equilibrio en torno al eje Francia-Alemania es inestable. Todo equilibrio lo es, pero éste es mayor medida por razones económicas, demográficas y por la convicción de que la partición de Alemania no puede ser considerada por los alemanes como definitiva. U. S. tiende, por razones que afectan a su misma estructura nacional, a la expansión, lo mismo que Rusia.

Si el equilibrio es deseable (es decir, si tiene posibilidades de perdurar y permitir la coexistencia, si no es, él también, un equilibrio "à la petite semaine") de nuevo, como en el tiempo en que Enrique VIII grabó su divisa, ha de lograrse pasando por Londres.

Tal parece ser la creencia de Mendès-France. De su exactitud y de la posibilidad de lograr la participación británica, decidida y eficaz, aunque tome una forma más matizada y flexible, y a la postre menos segura que su adhesión al C. D. E., depende su valoración.

"Gouverner c'est choisir". Cautamente, midiendo sobre un terreno resbaladizo, donde toda medida puede aumentar los riesgos de caída, Mendès-France escoge. El problema está en si puede, dentro y fuera del Palais Bourbon, escoger y en la sabiduría de la elección.

FERNANDO MORÁN LÓPEZ

VON HORTY, NIKOLAUS. -- *Ein Leben für Ungarn*. Athenäum Verlag. -- Bonn, 1953. 326 páginas.

Entre las grandes figuras de la Historia europea de la primera mitad de nuestro siglo, la del regente de Hungría, Almirante Nikolaus von Horthy, ocupa un lugar muy destacado. Durante casi veinticinco años ha regido, con mano firme y serena, los destinos del pueblo húngaro, al que los avatares de la última contienda han querido que permanezca al otro lado del telón de acero y sufra, por tanto y al igual que otros países de la Europa oriental, las consecuencias de la ocupación comunista que ha acabado con su independencia y con sus arraigadas tradiciones, mientras que su regente se ha visto forzado a seguir la triste suerte de los exiliados refugiándose en el vecino país de Portugal, donde ha encontrado la quietud y el reposo necesarios para escribir sus Memorias. Redactadas por el propio autor, en alemán y húngaro, constituyen un valioso documento para el mejor estudio de la historia política y diplomática de los últimos tiempos al par que un verdadero regalo para el lector por la claridad y belleza expositivas. No en vano era considerado el regente Horthy como uno de los más hábiles conversadores y brillantes escritores de su país. Reyes y hombres de Estado, Diplomáticos, Príncipes de la Iglesia y Generales aparecen maravillosamente retratados en sus Memorias. Para el especialista y para el aficionado al estudio de la historia diplomática y de las relaciones internacionales, la obra cobra un singular valor, ya que en la misma se tratan cuestiones sumamente interesantes y se aportan datos hasta ahora inéditos, y cuyo testigo único es el propio regente.

"Durante dos veces -- nos dice el autor en el prólogo -- he sido llamado a ocupar altos puestos al servicio de mi patria. La primera, cuando Su Majestad el Rey y Emperador Carlos tuvo a bien nombrarme comandante en jefe de la real e imperial flota; la segunda, pocos años más tarde, cuando el pueblo húngaro me eligió como Regente, poniendo en mis manos el destino de Hungría. Muchas distinciones y muchos honores he recibido en mi vida; nunca, sin embargo, he conseguido alcanzar la gloria de escritor, y si tras los años de mi encarcela-

miento en 1944-45 y el exilio a Portugal me decido a coger la pluma para recoger mis recuerdos, lo hago movido por los reiterados requerimientos de mis amigos y por el deseo de legar a mis familiares estas Memorias."

Estas sencillas y modestas frases del Almirante von Horthy no reflejan, sin embargo, la realidad de los hechos, pues su libro no es tan sólo una simple autobiografía en la que exponga los hechos más sobresalientes de su vida como estadista, sino que, por el contrario, es la historia política y diplomática, maravillosamente expuesta, no sólo del pueblo húngaro sino de Europa en general. Si nos fijamos en el período comprendido entre la fecha de su nacimiento, 18 de junio de 1868, y la de la terminación de sus Memorias, el día de San Esteban del año 1952, en Estoril, comprobaremos fácilmente que la historia de Europa en dicha época está llena de acontecimientos de enorme trascendencia. Tras la derrota francesa en Sedán, en 1871, se inicia el apogeo de Bismarck y con él el de la nación alemana, perfectamente unida y cohesionada. En la Europa oriental, los países balcánicos empiezan a dar muestras de impaciencia contra el Imperio otomano, y pronto la guerra se generaliza. El Tratado de San Estéfano pone fin a la lucha entre Rusia y Turquía, mas sus cláusulas no son aceptadas por las Potencias occidentales, que quieren impedir a toda costa la salida de Rusia al Mediterráneo, y que fuerzan a los rusos a someterse a las decisiones del Congreso de Berlín, 15 de junio al 11 de julio de 1878, en el que queda profundamente modificada la situación creada por el Tratado de San Estéfano y se regula la llamada cuestión de Oriente. La Conferencia del Congo, la formación de la Tríptica, la alianza franco-rusa, la Entente Cordiale, con los acuerdos franco-ingleses de 1904, la expansión económica alemana, la guerra del 14, el Tratado de Versalles, el período de la postguerra, la formación del Eje Roma-Berlín, la segunda contienda universal y la inevitable entrada de Hungría en la misma.

Todo ello aparece a lo largo de la obra

del Almirante von Horthy magníficamente expuesto, por lo que su lectura resulta amena y de gran interés. Como oficial de la real e imperial marina austro-húngara, von Horthy visitó nuestro país, del que hace encendidos elogios. Málaga, Córdoba, Granada y Barcelona, lugares por él visitados, dejaron una profunda impresión en su ánimo, y sus deseos de volver a visitar España se vieron realizados años más tarde al acudir como representante oficial a una exposición naval de carácter internacional celebrada en Barcelona y de la que nos da detalles muy interesantes y pintorescos.

Los últimos capítulos de la obra están dedicados a estudiar la posición de Hungría ante la situación creada por la segunda guerra mundial. Colocada entre Alemania y la Unión Soviética, la nación húngara se esforzó por mantener su postura de neutralidad conservando su independencia y la integridad de su territorio. A este alto fin se encaminaron las medidas adoptadas por su regente y sólo ante el imperio de las cir-

cunstancias y de la presión constante ejercida por Hitler hubo de verse obligado a entrar en la lucha contra la Rusia soviética, al lado de la Alemania nazista por haber existido una provocación previa por parte rusa, al bombardear sus aviones, sin causa justificada, varias ciudades húngaras. Este hecho y la insistencia alemana llevaron a Hungría a la guerra, abandonando su postura de no beligerante.

Como buen patriota, el Regente von Horthy ha prestado a su pueblo los más relevantes servicios, ofrendando la vida de sus propios hijos y viéndose forzado a abandonar la tierra que le vio nacer. La noble y simpática figura del Almirante Horthy alcanza un relieve singular en los momentos actuales, en que el mundo libre siente sobre sí la amenaza del peligro comunista. Su obra es un toque de atención a Occidente y a su unificación, pues sólo con ella se podrá detener la ola que amenaza al mundo civilizado.

JULIO MEDIAVILLA y LÓPEZ.

HERRER, PAUL: *Kronprinz Wilhelm. Seine Rolle in der deutschen Politik.*— C. II. Beck. München, 1954. 280 páginas.

El 20 de julio de 1951 y al pie del castillo de sus antepasados fallecía el Kronprinz Guillermo, y con él desaparecía el último representante de la dinastía imperial. Llamado a ceñir un día las coronas imperial de Alemania y real de Prusia, el destino inexorable que parecía presidir todos los actos de su vida, hizo frustrar tales esperanzas convirtiéndole en un hombre privado, con escasos recursos económicos, y que tuvo, además, la amarga desdicha de contemplar cómo los dos poderosos Estados a cuyo frente habría de ponerse al morir su padre, el Kaiser, se hundían arrastrados por el torbellino de la conflagración mundial.

Pocas figuras de la historia contemporánea habrán sido más discutidas y más duramente atacadas que la del Kronprinz Guillermo por creerle directamente responsable, en unión del Kaiser, de los acontecimientos que llevaron a Alemania a la guerra del 14. Sin embargo, nada más lejos de la realidad, pues el Kronprinz fue la primera víctima de la política imperial y

siempre vivió bajo la sombra de su padre, quien llegó hasta prohibirle toda participación activa en la vida política del país.

A desmentir los ataques de sus detractores y a demostrar que los mismos se hallaban inspirados en un falso conocimiento de los hechos, se han encaminado las numerosas biografías que del Kronprinz se han escrito, de modo especial las Memorias por él mismo escritas, con las que trataba de desvirtuar el falso concepto que de él se había formado la opinión mundial. No obstante, la mayoría de tales obras tienen como fondo un falso idealismo y poco o nada nos dicen acerca del hombre en su calidad humana, que estaba llamado a regir los destinos de Prusia y Alemania, así como del papel desempeñado en la política alemana, pues aunque es cierto que la figura del Kaiser le hacía pasar casi inadvertido, no lo es menos que el Kronprinz actuó de manera activa en política, especialmente durante los años de la primera guerra mundial, en la que su condición de comandante en jefe de un ejército — y posteriormente

de un grupo de ejércitos—, así como de sucesor al trono imperial, le obligaba a intervenir en asuntos de indudable importancia y de enorme trascendencia para el futuro de su patria. El contraste con la política imperial y, sobre todo, con los gobernantes que rodeaban al emperador, se acentúa a medida que los años pasan. Hombre dotado de una fina sensibilidad y poseedor de una vasta cultura, él Kronprinz no podía aprobar el sistema de gobierno implantado por su padre. Nacido en medio de una época revolucionaria, en la que los principios democráticos pugnaban por introducirse en Alemania, el Kronprinz podía considerarse a sí mismo como el representante genuino de las nuevas ideas, si bien en su fuero interno continuaba aferrado a las viejas tradiciones prusianas. Persona sumamente impresionable, el heredero al trono imperial se dejaba influir rápidamente, y ello creaba en él un complejo de contradicciones del que apenas podía desprenderse, lo que le situaba en postura difícil en los momentos en que se hacía preciso adoptar una resolución decisiva.

Su sencillez, su sentido democrático y su amor a la patria le hacían aparecer, en opinión de muchos, como la persona ideal para regir los destinos del pueblo alemán de acuerdo con las nuevas concepciones políticas, viniendo a convertirse en el padre de la patria, en una especie de Kaiser popular, amado de todos sus súbditos, mas tales esperanzas parece no respondían a la realidad de los hechos. Los acontecimientos que rápidamente se desarrollaron en los años subsiguientes a la primera guerra mundial hicieron fracasar los repetidos intentos que,

tanto el Kronprinz como sus partidarios llevaron a cabo por el restablecimiento de la dinastía de los Hohenzollern, encarnada en su regia persona. Los avatares de la vida quisieron que el heredero al trono imperial acabara sus días, pobremente y casi ignorado, sin llegar a ver realizados sus sueños.

El libro de Paul Herre proyecta una nueva luz sobre la noble y discutida figura del Kronprinz, mostrándonos una fase desconocida hasta ahora y quizás la más interesante de su personalidad. Los ataques que le han dirigido sus enemigos parecen desprovistos de toda base seria, y el autor nos enseña cómo el Kronprinz obró en todo momento impulsado por un sentido de rectitud y de justicia y por un gran amor hacia Alemania. La personalidad del príncipe se nos aparece aquí perfectamente dibujada y profundamente humana. En este aspecto la obra de Herre es muy interesante, pues a través de sus páginas discurre la historia de Alemania en un período de enorme trascendencia histórica: es el período que va desde la unificación germana y de la constitución del imperio, con su caída tras la derrota en la primera guerra mundial, hasta los años de la república de Weimar, el advenimiento de Hitler y del Nacionalsocialismo hasta la última contienda. En todos estos años y en todas estas situaciones el Kronprinz ha tenido una participación en la vida social y política de su país que queda perfectamente estudiada en la obra de Herre y que sirve para presentarnos un Kronprinz muy distinto al que conocíamos a través de las críticas de sus detractores y de las biografías a él dedicadas.

JULIO MEDIAVILLA Y LÓPEZ.

